



# *Paddé Kólá*

la historia real de una vieja *iyalosha* cubana

Celima Bernal García

**AURELIA**  
ediciones

# CAPÍTULO I

Nos conocemos desde hace mil años, siempre te he tuteado y te he llamado Nena. Otras personas te dicen Jabá o Juana. A los santeros los he oído llamarte por tu nombre de santo: Addé Kolá. ¿Cuál prefieres?

-Si supieras, el que me puso Severino: Nahíja.

Comienza a contar la anciana con visible nostalgia:

-¡Mucha luz para su espíritu! Nahíja, con eso quería decir que podía ser mi padre, y era verdad, si la mayor suya, de la primera mujer, es más vieja que yo. Por cierto, vive todavía.

Cuando él me vio en estado del primer muchacho, pasaba y se metía conmigo -Usted, mulata bonita, con esa barriga, que por esta vida, que por la otra-. Y yo pensaba: “No sé para qué este negro viejo tiene que meterse conmigo, ¡que vaya a hacer el tiempo muerto donde hizo la zafra!”.

Con los años, volvimos a encontrarnos, nada, que era para mí, me lo habían puesto los seres en el camino, y se tiene visto: nunca debe decirse “de esta agua no beberé”.

Las amigas me comentaban: “Hay que ver que tú tienes ganas de andar en eso...”. Y yo les contestaba: pero él es tan bueno... *Benbenise obé nanllio enfé* (El que revuelve el caldo es el que sabe cómo el caldo está).

Además, la piedra, figúrate... Sí, porque un abuelo de Severino era africano, se llamaba Federico; *Oddúará*, la piedra de rayo que tengo dentro de mi *Shangó*, había sido suya, y él me la regaló; por eso yo lo apreciaba tanto, por ese gesto. Cuando vi que me dio la piedra del abuelo, me decidí y me fui con él. Independientemente, se veía que me quería mucho y quería mucho a mis hijos; eso era lo más importante.

Esto, como te dije, fue después; porque estuve un tiempo sin verlo más que alguna vez que otra, de pasada, casi desde el 36 hasta el 46, sí señor, 10 años. Luego Julio, el padre de Piche y de Eugenio, se enfermó de la cabeza y se fue de la casa; tuve que volver para donde estaba mi madre, que se había mudado para el Cerro.

-¿Cómo te diste cuenta de que había enloquecido?

-Mira, muchacha, primero empezó a llegar muy alterado, peleando por nada y por nada, y desconfiando... ¡manera! Al principio, muy al principio, yo creía que era cuestión de otra mujer, pero tú sabes que al loco se le conoce enseguida. Vive adentro de él sin ocuparse de lo que tiene al lado, y llora y se ríe por gusto. A veces le da por ver gente que le quieren caer

atrás... luego, peligrosísimo, porque si le vas a la contraria, pierdes güiro, calabaza y miel. A otros (esos son los más felices), les da por pensar que nadie es mejor que ellos. ¡Dios nos ampare y nos favorezca! Pues sí, cuando me di cuenta de que Julio estaba demente, fui a ver a la familia suya, para que lo llevaran al hospital; conmigo se había negado a ir. El médico lo remitió para Mazorra.

Nunca lo visité allí, ya me tenía muy llena, hablando en plata: el loco no es tan loco como tan jodedor. Un día era una cosa, y al otro día, otra; tú no sabías si estaba con los indios o con los *coboy*s. En Mazorra pasó casi un año. Una vez se escapó –el rostro se le enseria– y fue a ver a los muchachos; agarró a Eugenio que en ese entonces tendría como ocho años, sí, sí, *iba en nueve*, y se lo llevó; me volví loca, por poco tienen que ingresarme también. ¡Ñoooo!, ¿tú sabes lo que es eso?

Fui corriendo a ver a su gente, y se apareció muy campante, con el muchacho en guinda. Imagínate que había entendido entrar en una fonda con Eugenio, comer, y largarse sin pagar; claro, se dieron cuenta en seguida de que no andaba bien. Miraba para los lados constantemente como las gallinas. Creía que lo estaban persiguiendo de cerca.

Nunca volví con él después de aquello; uno no debe *ajuntar* los pedazos de lo que rompió. “Lo que se deja no se recoge otra vez”, ese dicho de los *lucumises* es una verdad como un templo. Al poco tiempo vinieron a avisar que se había muerto. Mazorra era entonces una desgracia –aprieta los labios y mueve las manos, en ademán que reafirma su expresión– mandé a los muchachos al velorio porque él era su padre; pero yo no fui, me quedé en casa de Mamá.

–¿Cómo empezó tu relación con Severino?

–En esa misma era. Yo llevaba a mis hijos y a mis sobrinos a la escuela, tenía que pasar para allá y para acá por la estación de los trenes que está en Ciénaga y Calzada del Cerro. Él trabajaba allí como maquinista; empezó otra vez con sus piropos, pero si te cuento lo que me decía, te engaño. Como no me interesaba, no me acuerdo. Luego, ya tú sabes, la acción aquella de la piedra... nada, me empezó a hacer conciencia; pero eso sí, desde entonces: “Nahíja”. Lo recuerdo bien. Me chiqueaba. Yo creo que por eso hicimos huesos viejos juntos.

Hay quien conoce un hombre hoy, y ya mañana está arrimada, sin saberle sus mañas. No, “a amigo de tres días, no se le ve su fondo”.

Como te dije, la gente de Severino era de Guane. El padre fue colmenero por el cabo de San Antonio. Dicen que el viejo tenía que pagarle al dueño del monte porque las abejas chapaban la miel en sus flores; aquello ya era demasiado; por eso vino él para La Habana. Todavía los carboneros va y..., bueno, se entiende: tienen que pagar el derecho a cortar palos, porque poco a poco, se van acabando y... ¡no!, ni tampoco; pero el colmenero... ¡Ave María Purísima!

Sus padres, africanos, habían sido esclavos, y él peleó en la Guerra de Independencia con 14 años. Hablaba siempre de Maceo; pero como hablaba de los buenos, también hablaba de los malos; porque ahora no, ahora a todos los creen patriotas y andando, pero los hubo del carajo.

No te imagines tú que estaban tan de acuerdo con lo que se hacía, no, hombre, no. Algunos hablaban horrores de Martí y qué decir de las porquerías que le inventaban a Maceo. A

toda la gente grande le hacen lo mismo. Mi padre me enseñó que nadie le tira piedras a una mata de mango en octubre. Él quería decir con eso que el que da fruta, el que sirve, ¿tú me entiendes?, cosecha enemigos. ¡Qué cosa más grande!, así es la vida.

Ponte a pensar, por un caso, cuando quemaron a Bayamo, ¿no hubo gente allí mismo que renegó y habló basura?... –baja la voz– bueno, no es para menos. Que te digan: “Rocea” de gasolina todo lo tuyo y préndele un tizón... ¡No, no es fácil!, pero claro, tuvieron que prenderle fuego a la casa como el primero: la mayoría lo decidió. Ahora al cabo del tiempo, fueron valientes todos, y los familiares orgullosos de ellos; pero si hubieran podido, la candela se la hubieran dado a los mambises. Eso es así, siempre hay un atravesado. A veces me pongo a pensar que los voluntarios y los españoles malos, porque, bueno, los habría personas decentes, como en todo, no tuvieron hijos: a nadie se le oye decir que es nieto de ellos.

–¿Fue muy bueno para ti haberlo encontrado?, ¿verdad?

–Pues sí –sonríe nostálgica–, si de algo me alegro mucho en la vida es de haberle hecho caso a Severino, ¿qué habría sido de mí si hubiese seguido sola? Nunca hubiera tenido nada mío. Sabe Dios cuántas y cuántas cosas duras habríamos pasado mis hijos y yo: miseria, hambre, soledad (que es más mala que la miseria y el hambre, si es de verdad, claro). Hay dos tipos de soledades, la de yo en mi casa y tú en la tuya, y (esa otra es la mala) la de que de Dios para abajo, no tienes un cristiano que puedas decir tuyo. Los hermanos, cuando son bien llevados, son muy buenos, pero cada uno coge su rumbo, chica y si dicen a ser malos, se les va la mano.

Al verme en eso de la duda, me encomendé a *Elegguá*, y él guió las cosas. Hay que rezarle cuando uno no sabe qué hacer: que si esto, que si lo otro, que me conviene eso, que lo de más allá; bueno, pues sí, es el primero con quien hay que contar. Claro, no para boberías.

Me acuerdo una vez en Muralla, estábamos una amiga y yo comprándonos un par de zapatos en una liquidación. Mira, muchacha, de pronto me doy cuenta de que la individua estaba preguntándole a *Elegguá* si se compraba los blancos o los de charol negros. Cuando yo la oigo: “...sí; *Eshu*, porque estos me sirven para el invierno y para el verano; ¿tú no crees?, ¿me compro los negros?”. Yo pensaba que estaba hablando conmigo; no, hija, no, con *Elegguá*. ¡Manera! Mira, si oigo que le contesta, me pierdo de allí; la gente se cree que los santos están siempre a mano para comer mierda.

## CAPÍTULO II

-¿Por qué no me dices algo más sobre *Elegguá*?

Calla un momento; se cepilla el cabello cano, cortísimo, y moviendo el índice prosigue:

-Es la piedra que se pone detrás de la puerta para que sirva de guardián. Fíjate si es verdad que la llaman también *Agó*, que quiere decir permiso, bueno, tú sabes eso.

Él es el más destacado porque se le llama primero siempre; se le saluda primero, siempre. Claro, está engreído, no te vayas a creer. Es fañoso, revoltoso y glotón. Se le alimenta con un buche de aguardiente que le echas así escupido de pronto. Como cuando te tomas un buche de café salado y lo escupes que parece una trompetilla, vaya, como un *esprei*; eso se hace tres veces, así se le escupe el aguardiente a *Eshu*. Se enciende un tabaco, se lo pone uno con la candela para adentro y el humo le llega directo, como si se lo estuviera fumando él mismo, ¿entiendes?

Tú untas a *Elegguá* con manteca de corajo, y ahí empiezas a darle su comida; pero primero el trago y la *cachá*.

¿No sabes? Yo he pensado ¿qué milagro en el Norte, donde todo lo hacen así de esa manera, no preparan una lata como las de la laca del pelo, con *otibembe*, para rociarle a *Elegguá* con más comodidad? Va y se le ocurre a uno y se hace millonario; le saca a eso un dineral. ¿Allá creerán? -se pregunta, y sin vacilar, contesta-. Sí, sí creen, afuera creen, porque los turistas se matan por ver un *toque*, por ir al museo de Regla o al de Guanabacoa.

Los blancos le dicen *Elegua*, no, y hasta algunos negros cogieron esa moda una vez.

-¿Qué come?

-Coco, y toma vino de maíz fermentado, le encanta el pescado, la jutía, el ñame y el maíz tostado, los pollitos robados, los chivos chiquitos, las guayabas. También le puedes poner la comida; es mejor, ¿sabes?, en cuatro esquinas. Ahí vive él, y eso sí, le tienes que ir diciendo: "Mira, te doy esto y lo de más allá"; bueno, como se le hace al muchacho chiquito: "Mira, papito, el pedacito de pollo, el boniatico frito, la cucharadita de natilla, de harina de maíz...".

¿Será desganado? Yo creo que es malcriadez suya. Ahora que oigo harina, la harina trae desenvolvimiento de dinero. Ayer mismo le puse un poquitico, cruda, a mi *Elegguá*, con miel. Yo lo saco a pasear, ahí está en el cantero cogiendo fresco: a él le gusta salir. Me quedo aquí vigilándolo, y con la misma, lo entro otra vez; pero que coja su aire, para que no se sienta que está preso.

A él no le gustan los chivos grandes, ni las gallinas, ni las palomas; es juguetón, le privan los jugueticos y los pitos y los globos y esas boberías, ¡ah!, y los papalotes; bueno es un muchacho.

El *omiero* de Elegguá es igualitico al de los otros guerreros. Para que veas, al contrario de Oggún, le encantan los perros.

Calla un momento y continúa: Pues sí, él es el de los caminos, y la vida toda es un camino. Di tú si no.

–He oído que tiene 21 “guardarrayas” principales. ¿Es así?

–Así mismítico es: todos son *Eshus* y todos, niños malcriados. Hay uno solo que es viejo, que no deja que nadie se encuere ni diga malas palabras. *Eshu* también es el diablo vive en las palmas jimaguas y sale el 24 de agosto. Y está el *Elegguá* que es el día y otro que es la noche: *Tumbela*, la indecisión, la peonía, que no sabe con cuál quedarse, si con el rojo, si con el negro.

Es peligroso, ahora que digo peonía, estar al lado de alguien que tenga un collar de ellas. ¿Por qué?, ¿por qué la peonía hace daño?, ¡nooo!, pero, ¿no ves que es muy fuerte?, es de *Palo Monte*. Se pone para que no alcance a la persona, “el daño” que se le envía, que se le ha hecho. ¡Imagínate!, tú que estás allí de mansa paloma, desprotegida, pues te coge a ti, funciona como un *cambio de cabeza*. Uno de ellos, de los *Elegguá*, es el que lleva la policía a los que le caen pesados, está el del algodón, el del momento; se llama así, porque según el momento que tenga te hace el bien o te hace el mal.

Está también el enredador, que es muy *rebencúo*. El *patakín* de ese dice que vivían dos viejos amigos; eran compadres y estaban tranquilos, felices, se llevaban bien, como es natural. Pues un día va *Elegguá* y oye que uno le dice al otro que nadie podía hacer que ellos se pelearan. *Elegguá* se encaramó en un cocotero y tiró una piedra; el que había hablado primero dijo que era roja; el que estaba cocinando la harina... –se detiene y aclara–: Sí, ¿yo no te había aclarado que uno estaba cocinando harina? Ese dijo que era negra, y ahí *pegaron* a discutir y a litigar. Entonces ya habían pasado como tres o cuatro días. *Elegguá* se bajó de la mata de coco y les dijo que nadie debía porfiar nunca lo que el otro afirmaba.

Mira, ¿tú ves?, *Belenke* es también *Elegguá* ¡celoso, más que el carajo!, mata a los niños de las casas, digo, si la gente grande los atiende más que a él. Hay que tener eso en cuenta. Está el de los cuatro caminos y el que asesina sin más acá, ni más allá. Ellos son *Eshus* también. Unos se representan con un caracol, otros con una piedra; los hay en estatuas de madera. Las gentes ricas que eran creyentes escondidos, y no querían que se enteraran los vecinos, tenían a su *Elegguá* en unas muñecas finísimas compradas en El Encanto, que costaban un bongo. Siempre hubo gentes de la *jai* que tenían su fe; pero hacían las cosas escondidas. ¡Hasta presidentes!

–Sí, me han dicho que Batista...

–Batista era hijo de *Shangó*. Aquí tenía sus santeros particulares, eso lo sabía todo el mundo; pero él se iba para Palmira todos los días 3 de diciembre, vísperas de Santa Bárbara bendita. Allí hay tres casas de santos famosas: una es de Santa Bárbara, la otra... ¿la otra?... creo que de San Roque, no me acuerdo bien. Bueno, yo nunca he ido a Palmira, hija. Llegué nada más a Matanzas con “Las Jardineras”, sí, con la comparsa.

Mandaba flores y palmas, y comida abundante y camiones de animales para los santos, de todo. Esto me lo han contado Jorge y Felipe; ellos son de Palmira los dos, de la Casa de Santo de *Mafea*. ¿Tú sabes el que conoce bien, bien, eso?: Ramoncito.

—¿Quién es Jorge?

—Jorge es *Oggún Lana*, ahijado de *Oyá Fufulele*, *Ramona Entenza*. Yo la traté a ella, una persona muy sabia en esto de la santería, y para que tú veas, aquí en La Habana, “*fufulele*” quiere decir: gente ignorante, ¿ves eso que te dije del cambio de las palabras? Claro, en ella no; era su nombre de santo.

Palmira es la mata de los *yorubbás*. Ahí estaba Facundo Iznaga, que le decían: Cundo Sevilla. Ese era *babalao* y estaba *Lugardita* Fernández, que se murió; tenía hecho *Yemayá*. Era la madre de Mario Fernández, el *babalao*, muerto también. Caruca, la mujer de Mario, está al frente de la Sociedad de Santa Bárbara. Ella fue la *oyubona* de *Oggún Laímachá*, Felipe Campillo. La madrina de Felipe es Florinda Quesada.

Están los Samás, y los Estables, que tienen la Sociedad de Santa Teresa. “La Negra” es otra santera fuerte de por allá. Le dio una trombosis como a mí, y tampoco se puede parar. Ella se “subía” con *Oyá* y con *Elegguá*.

—Yo conocí bien, en Pinar del Río, a La Niña Silva.

—¡Muchacha!, La Niña Silva, era una *iyaloshá* de más de 50 años de santo, una institución en ese pueblo. Son seres destinados por *Olofi* para llevar a la gente el *aché*, para hacer el bien y la caridad, que Dios los guarde.

¿De qué yo estaba hablando, hija? ¡Ah, sí!, de *Elegguá*.

Antes, yo me acuerdo, las cadenas de metal de las hijas de él se arrastraban por el suelo, como las que guindan de los camiones; ellas se visten de negro y llevan collares de semillas.

*Olofi* quiere a *Elegguá* porque él lo curó cuando se enfermó. *Obbatalá* lo protege: estaba perseguido y *Elegguá* lo salvó; bueno, él salva, él salva. Dicen que agua la sangre; yo no sé si será verdad, lo que sí me consta es que no te deja pasar lo bueno, si se emberrenchina contigo: te cierra todos los caminos.

Mira lo que te hizo a ti porque me diste el que te habían regalado. Independientemente, yo no te lo voy a devolver. No, ¡qué va!, y cuando se le preguntó con coco, contestó que se quedaba conmigo. ¡Claro, boba!, yo le doy comida, y tú lo tenías de artesanía; pero de vez en cuando tráele algo, aguardiente, tabacos..., si no quieres que te “encienda la leva”.

Siempre se ha dicho que sus hijos no pueden comer cangrejo; tú verás, muchacha: yo conocía a un hijo de él que se iba por las noches con un saco y una linterna para la playa de Santa Fe, a buscar cangrejos. Era un vicio lo que tenía. Enchilado con cerveza va y enchilado con cerveza viene. Pues empezaron a irle mal las cosas de la salud y eso, la presión pa’ arriba y pa’ arriba, y mal y mal, hasta que se jodió. Es así, al hijo de *Elegguá*, comedor de cangrejo, le caminan las cosas para atrás. Otra cosa importante: a él se le habla de pie. ¿Quién ha visto arrodillarse para hablarle a *Eshu*? Ahí te das cuenta de que la gente no sabe nada de santería.

Hace un gesto de afirmación y sigue hablando:

-De *Elegguá* hay una porción de *patakines*. Dice uno que todo el mundo lo quería, y un día se volvió coco a ver si era verdad que lo llevaban bien. La gente lo apartaba con el pie, y él brincaba, hasta que se convenció y se paró a hablar y a decir que estaba agradecido; le pidieron perdón y chirrín chirrán. Yo nunca entendí por qué dio las gracias si lo patearon de todos colores. Hay *patakines* enredados, ¿sabes?

Por eso el coco se pone detrás de la puerta, se rueda por la casa cuando te levantas y lo vuelves a poner ahí, en su puesto. Otra gente lo deja donde cae; lo mismo si es abajo del sofá, que en medio del cuarto, pero a mí no me gusta ese desorden; que llega la visita y el coco atravesado; ¿para qué?, eso es exageración, así no lo quieren más ni un *cará*.

¿Tú no te enteraste de que a *Elegguá* una vez lo regañó *Yemayá*, su madre? Lo había dejado con sus otros hijos, *Osun* y *Oggún*, que eran mosquitas muertas, porque tenía que llevarle no sé qué cosa a *Oshún* su hermana. Niña, ¿qué te cuento? Decían calumnias de él, ¡imagínate!, nalgadas van y nalgadas vienen, y de contra, los muy abusadores no le daban pan ni nada, y él, ¡pobrecito!, se comía los ratones (valga que le gustaban). Un viejo llegó de visita y lo oyó llorar; se dio cuenta de que estaba hambriento detrás de la puerta, y los otros comiendo como trastornados, jamando a las dos manos.

Para que el viejo no se fuera de lengua, *Osun* y *Oggún* le pusieron una trampa; pero el viejo volvió, y ellos le dijeron que iban a tumbarlo de nuevo. ¡Manera! Pues resulta que el viejo no era ningún *pata'e* puerco como ellos se creían, no, era el mandamás.

Los culpables pidieron perdón, y el castigo fue que *Elegguá* comiera y bebiera primero, y que nadie pudiera comer ni beber, sin el permiso suyo. Ya tú sabes.

Entonces a *Osun* lo mandó a la casa y a *Oggún* al monte, cuestión de que no estuvieran juntos para la maldad. Por eso desde ese día, *Elegguá* hace lo que quiere hacer, ¿no ves que es malcriado? Sí, tal parece que le dieron el *aché* de la malcriadez.

Se me olvidó decirte que los hijos de *Eshu* son corrompidos.